

# UZBEKISTÁN: EL MUSEO SAVITSKY

La dependencia del aduanero uzbeko constaba de un sucio cubículo rectangular de dos metros por tres construido con basto hormigón. Un sillón desvencijado. Una mesa coja de formica desbaratada. Un archivador gris. Tres ventanas traslucidas de polvo. Un alargado cartel con una frase en árabe del *Corán* que colgaba torcido sobre una estantería. Sobre ella una torta de pan sin levadura, una tetera renegrida, doscientas moscas y una radio que emitía sin pausa una atroz música mestiza...

MIQUEL SILVESTRE





Yo permanecía de pie, esperando obtener un permiso de importación temporal de mi motocicleta. A mi lado, un grupo de militares y civiles discutía a voz en cuello y con muchos aspavientos. Observé a los soldados. Hay algo en su modo de llevar uniforme que destruye la posible prestancia que les pudiera otorgar: los zapatos. Ningún militar o policía lleva botas aquí. Todos calzan gastados zapatos de baja calidad, normalmente con puntera afilada, algo combada hacia arriba y el talón aplastado para que sea más fácil descalzarse.

El aduanero tecleaba trabajosamente con un dedo en un ordenador cuyas tripas albergaban el formulario electrónico para conceder los ansiados permisos de importación temporales. Le costaba sudores leer mis documentos y pasarlos al programa. Debía hacerlo paso por paso, casillero por casillero. Si uno de esas casillas no se rellenaba adecuadamente, el sistema no admitía nada de lo hecho anteriormente y debía volver a empezar.

El aduanero que me había tocado en suerte era un chico joven, francamente colaborador y su inglés era más que aceptable. Supongo que por eso le encomendaban encargarse de los extranjeros que elegían el peor camino posible para entrar en Uzbekistán. En su propio vehículo desde Kazajistán. Y yo había elegido el peor del peor, el que comienza en Aktau, a orillas del mar Caspio, y cruza todo el interminable desierto hasta esta frontera. Los que vienen por Turkmenistán o por la ciudad kazaja de Atyrau encuentran una carretera razonablemente asfaltada.

Yo solo tuve el Infierno y todo para mí solo. De Aktau a Beyneau hay 470 kilómetros de polvoriento páramo. Un infierno de baches, polvo, arena fina como talco y una especie de lengua de roca viva llena de cráteres. La moto traqueteaba de un modo horrible. Parecía que iba a desintegrarse. Y el viento soplaba fuerte y levantaba nubes de polvo. Sufría tanto que comencé a preguntarme qué sentido tiene hacer esto.

El aduanero preguntó potencia, año de fabricación y el valor de la moto. Preguntarlo que cuestan las cosas es una constante aquí. A veces tiro por lo bajo para no dar impresión de millonario, algo que es absurdo, porque aunque diga que cuesta la mitad de la mitad de lo que cuesta sigue siendo una cantidad desorbitada para la mayoría de estas gentes; otras veces digo que cuesta cifras deliberadamente



absurdas, como un millón de dólares. El resultado es siempre el mismo, incomprensión y caras de asombro. Pero esta vez reconocí el precio exacto para estupor del funcionario. Se quedó un momento pensativo entre tecleo y tecleo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué esta forma de viajar solo, peligrosa, difícil? Podrías venir en avión.

Siempre he sabido que responder a estas preguntas. No tanto a los demás, sino a mí mismo. Tenía claro lo que estaba haciendo y por qué. También para qué. Exponerme a peligros ciertos y a incomodidades también ciertas cuando nadie me obliga a ello siempre me ha parecido una actividad un poco idiota. Recuerdo que mi primera conferencia sobre viajes en moto la titulé Manual del aventurero idiota. Y fue no solo porque yo mismo soy un desastre planificando y organizando mis aventuras, sino porque me daba cuenta desde el primer instante que solo los occidentales bien comidos pagamos por pasarlo mal.

Los africanos que cruzan el Estrecho o los espaldas mojadadas no son aventureros, desearían un viaje confortable al primer mundo, pero arrostran riesgos sin red que a cualquier aventurero blanco le dejan a la altura de pijo de club de golf. Sabía que mi actividad no era más que otra consecuencia de la sociedad de confort en la que estamos instalados. De la que se



**Yo solo tuve el Infierno y todo para mí solo. De Aktau a Beyneau hay 470 kilómetros de polvoriento páramo. Un infierno de baches, polvo, arena fina como talco y una especie de lengua de roca viva llena de cráteres.**

huye brevemente para retornar. Que sé que necesitaba sentir frío para disfrutar de la calefacción, del hambre para deleitarme con un mendrugo seco al final de la dura jornada, de la sed para reconocer el dulcísimo sabor del agua potable. Necesito probarme, superarme y también necesito contarlo a los demás, escribirlo, comunicarlo, compartirlo.

Viajar por las ex repúblicas socialistas soviéticas de Asia Central es surrealista. ¿Crees que conoces lo que es el surrealismo por haber visto *Un perro andaluz*? Te equivocas. Surrealismo es llamar carreteras a las líneas pintadas en los mapas. No existen las carreteras. Los camiones han abierto pistas en la arena. Sus rodadas son el único signo creíble de



“ **Los africanos que cruzan el Estrecho o los espaldas mojadas no son aventureros, desearían un viaje confortable al primer mundo, pero arrostran riesgos sin red que a cualquier aventurero blanco le dejan a la altura de pijo de club de golf.** ”

que no soy el único hombre en la Tierra. Muchos, con la amortiguación completamente desecha y el eje roto, permanecen varados en el polvo como ballenas moribundas que hubieran equivocado la playa. Aquí esto es lo normal. Los conductores se toman el naufragio con paciencia de siglos. “Catastroff”, es la palabra que musitan resignados cuando me acerco y les pregunto qué sucede.

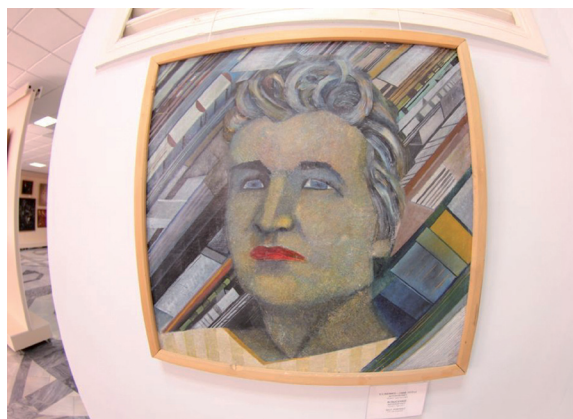
¿Y la mancha azul que veo en el mapa? Es un desierto. Una vez fue uno de los mayores lagos del Mundo alimentado por los ríos Amu Darya y Syr Darya. Pero lo secaron los proyectos soviéticos de irrigación a gran escala. Al desviar el curso de los cauces que lo alimentaban para irrigar plantaciones de algodón, condenaron a una lenta muerte por desecación a poblaciones enteras. El área que circunda el antiguo mar es hoy un deshidratado montón de nada detenido en el tiempo. Tórrido en verano, gélido en invierno. Sobrevivir aquí no resulta sencillo. Ni el aire, ni el agua, ni el cielo, ni la tierra resultan habitables. Yo pensaba que África había sido duro. ¡Y un cuerno! Si hay un mundo duro de recorrer, ese es la frontera entre Kazajistán y Uzbekistán.

“ **Viajar por las ex repúblicas socialistas soviéticas de Asia Central es surrealista. ¿Crees que conoces lo que es el surrealismo por haber visto *Un perro andaluz*? Te equivocas. Surrealismo es llamar carreteras a las líneas pintadas en los mapas.** ”

Al atardecer, agotado y hartado, entro en Nukus, un verdadero agujero polvoriento en medio de la nada. Es un arrabal feo, reseco y antipático que languidece moribundo desde que la región se asfixió por la desaparición del Mar de Aral. Sin embargo vale la pena visitarlo porque aquí se puede encontrar una auténtica joya escondida que es además un gran testimonio de valentía personal: el Museo Savitsky. Fundado en 1966, reúne más de 90.000 piezas. Ubicado en un edificio cuadrado, de ángulos muy rectos y precisos. Delante hay una descuidada plaza donde prácticamente no crece ninguna vegetación. Traspaso las puertas y encuentro que el interior es limpio y el ambiente fresco. Debe ser el único lugar fresco y limpio de toda la ciudad. En un panel se ven fotografías de todas las altas personalidades del mundo entero que han venido a visitar este lugar. Descubro a Mitterrand y a Bono, el cantante de U2, pero no consigo identificar a ningún personaje español. ¿Qué puede justificar que un presidente de la República Francesa o una estrella del

rock vengan hasta este erial en mitad de un erial? Lo que sea que haya aquí, debe valer la pena. En cualquier caso, vale dinero. La entrada cuesta alrededor de cinco euros.

Paseo por las salas de altos techos y amplio espacio. Este lugar es asombroso. Hay muestras arqueológicas halladas en el subsuelo local, tradicionales manufacturas uzbekas, esculturas antiguas de Persia y Egipto, e incluso alguna talla medieval francesa. Llamen la atención algunos cuadros de comienzos del siglo XX que retratan a los pescadores, al Mar de Aral y a su inmensidad azul. Son como retratos de un difunto. Sin embargo, lo que realmente im-



presiona es el repertorio de dibujos y pinturas de las vanguardias artísticas de los años 30, 40 y 50 que trataron de sobrevivir durante la época soviética. El museo representa el esfuerzo de Igor Savitsky, pintor y arqueólogo ruso nacido en Kiev. En los cincuenta se trasladó a Nukus. En aquellos años muchos artistas del norte viajaron al Asia Central persiguiendo la inspiración que una realidad gris les negaba. Nombrado responsable del Museo Estatal en 1966, Savitsky tuvo oportunidad de buscar objetos para su exhibición. Inicialmente se limitó a los descubrimientos arqueológicos y las piezas de etnografía local, pero poco a poco se fue interesando en el arte moderno.

Comenzó así una arriesgada actividad. Igor Savitsky asumió la misión de coleccionar el arte prohibido de la Unión Soviética. Para los artistas cuyas obras perseguía, el juicio





**Igor Savitsky asumió la misi3n de coleccionar el arte prohibido de la Uni3n Sovi3tica. Para los artistas cuyas obras perseguía, el juicio por mantener un criterio personal no había sido una mala crítica o el desdén de los colegas, sino la cárcel, los campos de trabajo o la muerte.**

por mantener un criterio personal no había sido una mala crítica o el desdén de los colegas, sino la cárcel, los campos de trabajo o la muerte. Esto fue lo que le ocurrió al pintor V. Lysenko nacido en 1903. Declarado culpable de fomentar la contrarrevoluci3n con pinturas tan superficiales como El Toro, pintado en 1929 y hoy emblema del museo. Su arte no pretendía romper más cadenas que las de la fealdad ni matar más burgueses que los de su propia ceguera acomodados. Pero para los comisarios políticos, todo pincel y toda pluma debían estar al servicio de la causa socialista. Cualquier camino alternativo era el de la contrarrevoluci3n, la prisi3n y la fosa colectiva. Se ignora la fecha de la muerte de Lysenko, ocurrida en alguna s3rdida isla del GULAG.

Igor Savitsky también corría el riesgo de ser denunciado

como enemigo del pueblo. Pero su desértico y pobre refugio en el noroeste de Uzbekistán le protegía de los comisarios. Nukus es un invernadero demasiado caliente y aislado como para que nadie se preocupase de lo que allí pasaba. Tuvo más suerte que sus artistas y al final de sus días fue condecorado y reconocido por los gobernantes del nuevo Uzbekistán, quienes, como ocurre en el resto de repúblicas centroasiáticas, son los mismos del periodo soviético. Paseando por sus climatizadas salas y contemplando la belleza de sus obras me vino a la memoria aquel chiste de Dalí sobre otro famoso pintor cubista. El gran cuerdo de Cadaqués dijo un día, probablemente ya harto de que le preguntaran por su relaci3n con el malagueño: "Picasso es un gran pintor, yo también. Picasso es un genio, yo también. Picasso es comunista, yo tampoco".

Delante de uno de sus azulados cuadros, imaginé que a V. Lysenko probablemente también le hubiera gustado repetir el mismo chiste sin que ello que le costara la vida. ■

